
futuro
Suplemento de ciencias de Página|12
Año 20 / Nº 1011 | 01 . 08 . 2009

Paleontología: Nahuelito, ¿estás ahí?

El monstruo turístico

Es casi un hecho que la Patagonia argentina fue algo así como un inmenso Parque Jurásico donde vivieron, hace millones de años, dinosaurios de todo tipo, tamaño y color. Un reptil marino que nadaba hace 70 millones de años en el Océano Artico es la vedette de este artículo. Mitos y verdades sobre Nahuelito, el plesiosaurio local más conocido de todos.

El monstruo...

POR PABLO CAPANNA

“Yo soy un pobre animal buscado / por los ingratos y sin conciencia. Porque soy raro y también soy curioso / según dice la gente por allí. Dejemén solo aquí gozando / en la soledad de este lago / ¿Qué es lo que haréis con sacarme, si es en vano / llevarme vivo de este lugar?”

Así decía la despareja letra del tango “El plesiosauro” (*sic*), de moda en el Buenos Aires de 1922.

A los nietos de quienes lo cantaban no dejará de recordarles a *El oso*, de Moris, que también hablaba de un animal que “vivía en el bosque muy contento, caminando, caminando sin cesar”... No sé qué cantarán los bisnietos, pero si rebuscamos un poco seguramente debe haber algo parecido, porque el tema de la libertad siempre vuelve y está presente en las nuevas generaciones.

Aquel tango daba cuenta de una moda que dio mucho que hablar a los porteños. La Argentina tuvo por unos meses su propio monstruo de Loch Ness, una década antes de que saltara a la fama el de Escocia.

Pasaron los años, la leyenda se enriqueció y acabó por afincarse en el lago Nahuel Huapi. Algún promotor bautizó “Nahuelito” al escurridizo monstruo, a la manera de “Nessie”; era para hacerlo más amigable y atraer a los turistas que sueñan con sacarle una foto. Se suele decir que, por el aspecto que le atribuyen, sería un ictiosaurio o, mejor aún, un plesiosaurio. Ambos tenían hábitos acuáticos, pero el primero sólo vivía en el mar.

Estas especies habitaron la zona que hoy conocemos como Patagonia, cuando el paisaje era muy distinto, y nos han dejado muchos fósiles. Hace tres años, un equipo mixto de investigadores argentinos y norteamericanos dio con el esqueleto fosilizado de un plesiosaurio en Cabo Lamb, muy cerca del extremo norte de la Península Antártica, y apenas unos meses atrás se descubrió otro en Chile.

Pero todas esas especies vivieron entre el Triásico y el Cretácico, y los lagos del Sur se formaron después de las glaciaciones, muchos millones de años después de que los dinosaurios se hubieran extinguido, y es casi imposible que alguno sobreviviera.

Los criptozoólogos suelen citar como prueba de su existencia a los mitos mapuches, que como los de cualquier cultura arcaica abundan en seres fabulosos, marinos, lacustres y fluviales. En su libro *Seres mitológicos argentinos*, el antropólogo Adolfo Colombres da cuenta de varios con nombres como Maripill, Nirribilo, caballo-culebra o zorro-víbora.

El favorito suele ser el llamado “Cuero vivo” (Lafquén-Trilque), conocido en Chile y en Neuquén. Sin embargo, se lo describe como una suerte de pulpo con el aspecto de un cuero vacuno, que vive en el lago; es difícil encontrarle parecido con un plesiosaurio.

La leyenda del plesiosaurio argentino nació a comienzos de 1922, cuando el director del Zoológico de Buenos Aires organizó una expedición para capturarlo y generó grandes expectativas en la opinión pública.

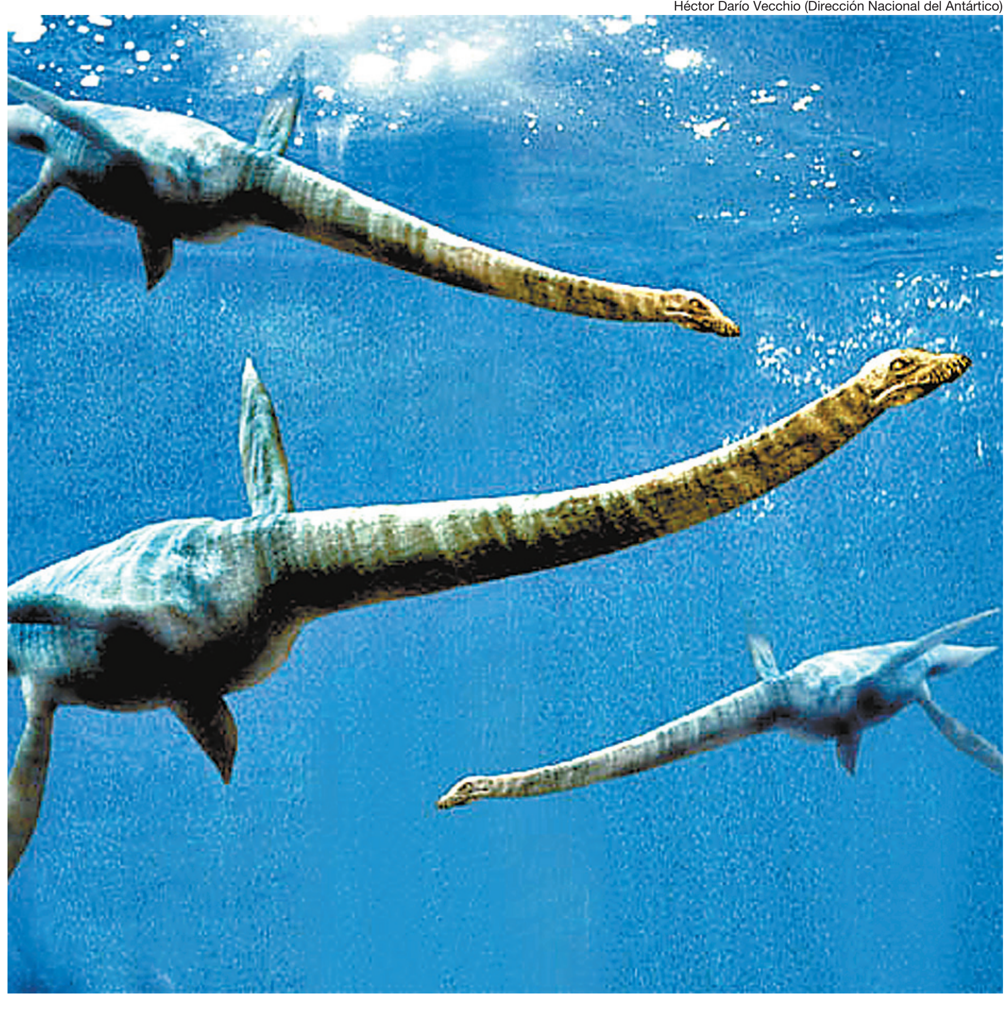
LA MANIA DEL PLESIOSAURIO

El italiano Clemente Onelli era un naturalista aficionado que conocía muy bien la Patagonia, porque había trabajado junto al perito Francisco P. Moreno, integrando la comisión que fijó los límites con Chile. Cuando Roca lo puso al frente de ese zoológico que había fundado el polígrafo Enrique L. Holmberg, Onelli logró convertirlo al poco tiempo en una atracción popular, y se atrevió a pensar en proyectos más ambiciosos.

Fue en esos días cuando un diario canadiense dio a conocer el avistamiento de un animal desconocido en el lago Nahuel Huapi. Un tal George Garret, empleado de una compañía norteamericana, recordaba haberlo visto en 1910 y recién se animaba a contarlo. El animal tenía unos siete metros de largo y un cuello muy largo que sacaba del agua.

En esos mismos días, Onelli recibió una carta de Chubut. Venía de otro yanqui, Martin Sheffield, que había comenzado su carrera como sheriff en Texas, y había andado por todo el Sur argentino buscando oro. Aunque la leyenda diga que

Héctor Darío Vecchio (Dirección Nacional del Antártico)



ONELLI TOMO EN SERIO LA CARTA Y SE CONVENCIO DE QUE SHEFFIELD HABIA VISTO UN PLESIOSAURIO.

había llegado allí siguiendo el rastro de Butch Cassidy y Sundance Kid, que vivían en la región desde 1894, mucho antes de que los legendarios bandidos se instalaran en Cholila.

Sheffield se había casado con una aborigen que le había dado doce hijos, y era conocido en la zona como “el cowboy-cacique”. Años antes había trabajado como baqueano para Onelli y Moreno, pero ahora se había afincado y se dedicaba a la ganadería.

En la carta que le envió a Onelli, Sheffield decía que había encontrado huellas de un animal de gran porte en un lugar hoy conocido como Laguna del Plesiosaurio, en la zona del lago Epuyén. En otra ocasión había llegado a verlo: tenía cuello largo y cabeza de cisne. Su cuerpo era de cocodrilo y nadaba como una tortuga.

En realidad, la laguna no reunía las condiciones mínimas para albergar un plesiosaurio. Tenía 300 metros de ancho y apenas *cinco* de profundidad. Hace pocos años, la anciana María Sheffield, última sobreviviente de la familia, reveló que cuando tenía ocho años ella y su hermano habían sido los

> **La leyenda del plesiosaurio argentino nació a comienzos de 1922, cuando el director del Zoológico de Buenos Aires organizó una expedición para capturarlo y generó grandes expectativas en la opinión pública.**

primeros en ver al animal. Pero lo recordaba “cubierto de vello amarillento, echado en la orilla y bramando como una vaca”: nada que se pareciera a un lagarto.

PLESIOSAURIO, MEDIOS Y MERCADO

Onelli pareció tomarse muy en serio la carta, y se convenció de que Sheffield había visto un plesiosaurio. Escribió en *La Nación* que si bien parecía que las próximas elecciones eran el único tema que preocupaba a los argentinos, “esa noticia podía llegar a conmover a todos los sabios de la Tierra”.

Sin perder tiempo, la dirección del Zoológico se puso a organizar una expedición, y el anuncio mereció un editorial del mismo diario porteño. La noticia llegó tan lejos que sus ecos se escucharon en las páginas del *The New York Times* y hasta de *Scientific American* (*www.scientificamerican.com*). Los profesores yanquis que fueron consultados se mostraron un tanto escépticos, pero no dejaron de señalar que de existir el plesiosaurio de marras, eran ellos los que tenían que ir en su busca para exhibirlo en Nueva York.

Como Sheffield había sugerido embalsamar al animal, *Caras y Caretas* publicó una jocosa carta en la cual el monstruo pedía la protección del Dr. Albarracín, de la Sociedad Protectora de Animales. Poco después, la propia Sociedad elevó una protesta ante Onelli. El gobernador de Chubut también firmó una resolución que prohibía hacerle daño al animal.

Mientras tanto comenzaban a circular todas esas cosas que hoy llamaríamos *merchandising*. Había lapiceras sauriformes y cigarrillos marca Plesiosauro. D’Agostino y Morbidelli compusieron un tango en homenaje al fósil viviente. Un aviso de Piccardo contaba cómo los expedicionarios lograban capturar al monstruo con sólo invitarlo a fumar un cigarrillo 43. La expedición adoptó como *sponsor* a la editorial Atlántida y aceptó el dinero de los empleados del Telégrafo, que habían realizado una colecta.

LA EXPEDICION

Encabezado por el geógrafo Emilio Frey, el cuerpo expedicionario parecía la versión criolla del club de *Tartarín de Tarascón*, el pintoresco burgués cazador imaginado por Daudet. Contaba con dos expertos tiradores armados de rifles para elefantes, un veterano conocedor de la zona, varios baqueanos y dos periodistas, de *La Nación* y de *Caras y Caretas.*

Confirmando las peores sospechas de algunos, también iba un embalsamador profesional. *La Nación* informaba que los audaces exploradores iban equipados con botas, impermeables y un nutrido botiquín, que incluía una buena provisión de bicarbonato, para afrontar los peligros del cordero patagónico asado.

Cuando la expedición llegó a Bariloche fue recibida con un desfile de Carnaval dominado por un enorme dinosaurio de cartón. Del grupo original, sólo unos pocos llegaron hasta la laguna. Inspeccionaron concienzudamente sus alrededores, hurgaron y dinamitaron varios sitios, pero volvieron a Buenos Aires con las manos vacías, antes de que las primeras nevadas hicieran las cosas más difíciles.

Las explicaciones vinieron más tarde. Frey, que había encabezado la expedición, reconoció que seguía dudando de si el saurio existía realmente o bien todo había sido una broma. El propio Onelli confesó en una carta privada que se había visto obligado a recurrir a la historia del plesiosaurio con tal de despertar interés por la Patagonia. Hasta sugería que, buscando agua, algún día se podría encontrar petróleo.

EL MONSTRUO REBELDE

Pasaron diez años antes de que el plesiosaurio volviera a levantar cabeza. El responsable de su reaparición fue Liborio Justo (1902-2003), un escritor que había pasado buena parte de su juventud cazando ballenas en la Patagonia. A lo largo de su centenaria vida y de una evolución que lo llevó del marxismo al nacionalismo, Liborio usó los seudónimos “Lobodón Garra” y “Quebracho”.

Quizá necesitara dos identidades extra para pasar inadvertido, porque había puesto en serios aprietos a su padre (el general Justo) el día que, en una recepción oficial, le gritó “¡Muera el imperialismo!” al mismísimo Roosevelt.

Precisamente cuando su padre asumía la Presidencia, y con la firma “Lobodón Garra”, Justo (h) publicó *La tierra maldita* (1932), un libro de relatos de la estepa patagónica, algunos de los cuales serían clásicos del repertorio escolar. El nombre “Lobodón” aludía al Mylodon, un perezoso fósil que había sido estudiado por Darwin.

Uno de los cuentos se titulaba “El cuero” y narraba la persecución de un escurridizo dinosaurio, al cual los mapuches identificaban con el monstruo ancestral. A partir de entonces, las cosas se hicieron más confusas. Años más tarde, Bariloche se proclamó como el hogar de Nahuelito, de manera que el monstruo se mudó a Río Negro.

Como las leyendas de hoy se potencian en Internet, y el *copy & paste* no perdona, es posible ver que en muchos sitios, incluyendo algunas enciclopedias, se cuenta la historia del plesiosaurio de Onelli como si hubiera ocurrido no en Chubut sino en el Nahuel Huapi. En esto, Menem hizo escuela a la hora de confundirse de provincia.

MUTACIONES Y MUDANZAS

A pesar de que la primera observación “histórica” se había registrado a principios de siglo en el Nahuel Huapi, durante décadas el lago no volvió a dar señales de vida, pero desde los años ‘50 la leyenda se afincó en Bariloche, donde Nahuelito hasta posee un parque temático propio.

Hace más de medio siglo, la leyenda se enriqueció con ingredientes de ciencia ficción, de manera que el plesiosaurio adquirió características de Godzilla. De esos años data la construcción de un centro nuclear en la isla Huemul, cuando el austríaco Ronald Richter convenció a Perón de que podía lograr la fusión nuclear controlada y consiguió hacer escasear el cemento durante unos meses.

Como es sabido, el proyecto fue abandonado, pero desde entonces, y gracias al Instituto Balseiro (*www.ib.edu.ar*), la presencia de físicos en la zona fue permanente y no dejó de alimentar la paranoia de algunos. La imaginación popular, convenientemente fogoneada por los sensacionalistas, comenzó a especular que el famoso Nahuelito podía ser un mutante engendrado por la contaminación radioactiva, como el mejor de los monstruos japoneses.

En 1960, la Marina, que para entonces también andaba detrás de los ovnis, estuvo casi un mes en el lago, persiguiendo con su radar un bulto submarino, pero le perdió el contacto. Como a ninguna potencia enemiga en su sano juicio se le ocurriría transportar hasta Bariloche un submarino para espiar el fondo del lago, se hacía casi obligatorio pensar que el “Objeto Lacustre no Identificado” no era otra cosa que el famoso plesiosaurio.

La leyenda continúa. Cada tanto se dan a conocer nuevas fotos, que los diarios declaran haber recibido de autores no identificados, como pruebas de la presencia del (o los) monstruo(s). Se diría que el plesiosaurio se ha multiplicado, porque ahora también se lo ve en los lagos Huechulafquen y Mascardi; quizá pronto comience a asomarse en las piletas de natación. La competencia turística es feroz y cada municipio sueña con ser otra Capilla del Monte, la meca del turismo insólito.

Nadie se sorprenderá, pues, de que Susana Giménez pudiera lanzar su famosa pregunta por los dinosaurios *vivos.* La diva no era la primera ni la última en creer que había dinosaurios vivos en la Patagonia. Nadie pretende que una conductora de televisión, además de sonreír y atender el teléfono, tenga que saber algo de paleontología. En realidad, el fuerte de Susana es la defensa de los derechos humanos.

LIBROS Y PUBLICACIONES

EXACTAmente
Año 15, Nº 42, 50 páginas



El busto de Galileo Galilei (1564-1642) pintado en una escala de gradientes de color –como si fuera una creación de Andy Warhol– se "roba" la tapa de esta nueva entrega que presenta, en el marco de los festejos por el Año Internacional de la Astronomía, un *dossier* dedicado pura y exclusivamente a la imagen del gran científico.

Como título de este documento, "El hombre que tocó el cielo" pareciera ser un eufemismo o un capricho del editor, si no se toma en cuenta que Galileo tuvo la firme decisión de apuntar su telescopio al cielo para ver qué había más allá, *momentum* que abrió una ventana para conocer un poco más el universo, lo cual no es poco. Y el experimento presentaba a la ciencia como una articulación entre la construcción de modelos teóricos y la interpelación de los acontecimientos de la naturaleza.

"Galileo y la Iglesia", de Guillermo Boido; "Preocupaciones matemáticas de Galileo", de Carlos Borches; "De cómo hace cuatro siglos Galileo acercó el cielo", de Guillermo Mattei, y "En torno a Galileo (y al correr de la pluma)", de Leonardo Moledo, editor de este suplemento, son los artículos que celebran los cuatrocientos años de aquella hazaña que fue uno de los pasos esenciales de la ciencia moderna. Ninguno de ellos escatima detalles sobre su obra como protagonista de la revolución científica y su ríspida relación con la Iglesia católica.

Conflicto que surgió de la intención del matemático por dotar de autonomía al pensamiento científico y desligarlo de la esfera teológica, posiciones que le valieron la persecución inquisitorial de la Iglesia, que culminó en su proceso y posterior reclusión, por orden del Santo Oficio, en una villa donde pasaría sus últimos días.

Esta entrega de EXACTAmente se completa con un homenaje de Armando Doria a la memoria de Gregorio Klimovsky, un trabajo de Carla Nowak sobre la protección de los recursos hídricos y un informe de Cecilia Draghi sobre la erosión de la costa atlántica provocado por el cambio climático y el aumento del nivel del mar. Una muy buena propuesta de EXACTAmente.

ADRIAN PEREZ

AGENDA CIENTIFICA

IV ENCUENTRO DE GEOMETRIA DIFERENCIAL

La Facultad de Matemática, Astronomía y Física (Famaf) de la Universidad Nacional de Córdoba invita a investigadores y estudiantes de todo el país a participar del IV Encuentro de Geometría Diferencial a realizarse del 24 al 28 de agosto en La Falda (Córdoba). El evento se centrará en los problemas en geometría diferencial y sus aplicaciones.

Informes: www.famaf.unc.edu.ar/congresos/egeo/2009.

FE DE ERRATAS

Por un involuntario error, aclaramos que la fotografía que acompaña al artículo "Reliquias del paso del hombre por la Luna", de Mariano Ribas, publicado el sábado pasado en **Futuro**, no fue tomada por la misión Apolo 14 sino por la misión *Lunar Reconnaissance Orbiter*.

futuro@pagina12.com.ar

2009: Año Internacional de la Astronomía

EL FENOMENO ASTRONOMICO QUE HIZO HABLAR AL MUNDO

¿Qué pasó en Júpiter?

¿Un cometa? ¿Un asteroide? ¿Qué fue lo que chocó en el limbo Sur de Júpiter y produjo una mancha? Desde Australia, el astrónomo aficionado Anthony Wesley fue el primero en avistarla con su telescopio. A dos semanas del hallazgo, todavía se observa la herida de guerra provocada por el impacto sobre "el gladiador del Sistema Solar".

POR MARIANO RIBAS

NASA

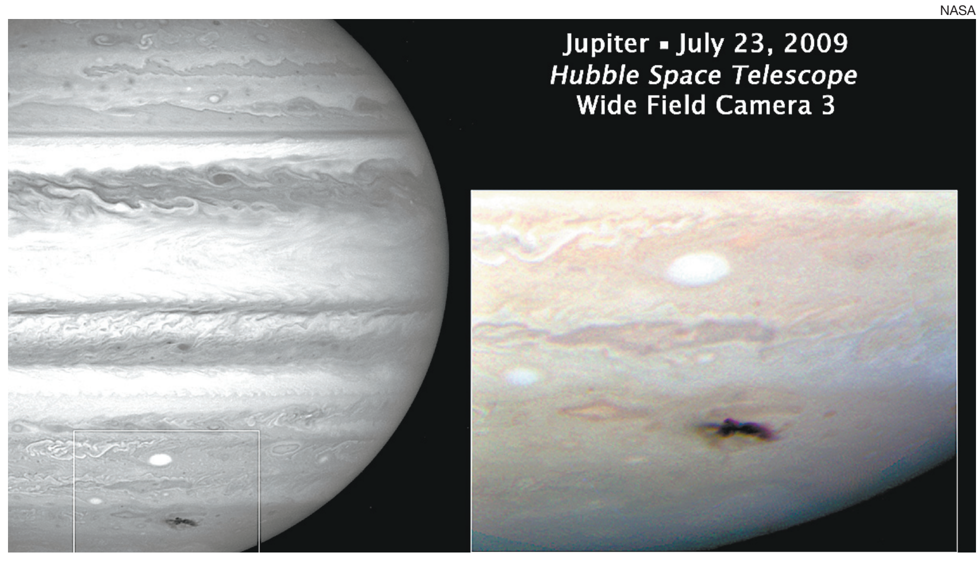


FOTO TOMADA POR EL TELESCOPIO HUBBLE DONDE SE MUESTRA EL IMPACTO EN JUPITER.

Hace unas semanas, cuando la Luna acaparaba todas las miradas y todos los festejos, algo sensacional ocurrió en otro rincón del Sistema Solar: el 19 de julio, Júpiter apareció con una mancha negra en la zona austral. Una extraña cicatriz en la pesada, turbulenta y colorida atmósfera del planeta. Algo había chocado contra el planeta. Y el primer testigo del fenómeno fue Anthony Wesley, un astrónomo amateur australiano. Inmediatamente, el hallazgo fue confirmado por astrónomos profesionales, y hasta observado por el Telescopio Espacial Hubble (hubblesite.org). El raro fenómeno no sólo trajo a la memoria un episodio –aún más notable–- ocurrido hace exactamente 15 años, sino que también alcanzó una notable repercusión mediática. A continuación, repasaremos los detalles de este curioso capítulo –aún no cerrado– de la astronomía planetaria, tantearemos posibles explicaciones, y veremos qué le contó a **Futuro** el protagonista del hallazgo.

IMPACTO PROFUNDO

Como tantas otras veces, este notable descubrimiento vino del lado de la astronomía amateur. En la fría noche australiana del domingo 19 de julio, en la pequeña villa de Murrumbateman, al norte de Canberra, Anthony Wesley observaba y fotografiaba a su viejo amor planetario. De la mano de su poderoso telescopio reflector de 42 centímetros de diámetro, acoplado a una cámara digital, Wesley tomaba imágenes de Júpiter, al igual que tantas otras noches anteriores.

Y pasada la medianoche, una de esas fotos lo dejó tan helado como la inhóspita noche, afuera de su observatorio doméstico: apenas asomada por el limbo del planeta, en su extremo más austral, había una manchita negra. Y lo de "manchita" es un decir, porque Wesley calculó a ojo que medía miles de kilómetros. Sea lo que fuere, eso no estaba allí la noche anterior. En las fotos siguientes, la veloz rotación de Júpiter había puesto más de frente a la mancha. Algo había pasado.

TELESCOPIOS EN ACCION

Inmediatamente, Wesley dio la alarma. Y un equipo de astrónomos de la NASA confirmó el hallazgo con el Infrared Telescope Facility (irtfweb.ifa.hawaii.edu) (ITF), en el Observatorio de Mauna Kea, Hawai. Las imágenes del ITF mostraron que lo que en luz visible era un lunar negro, en luz infrarroja era una mancha brillante. O lo que es lo mismo, muy caliente. Allí, la atmósfera de Júpiter estaba convulsionada. No se trataba de las clásicas tormentas del planeta. Aquella marca, de unos 5 mil kilómetros (más o menos el tamaño de Marte), había aparecido de pronto y era caliente: la mejor hipótesis era la del impacto.

Ante semejante novedad, el jueves 23, la NASA apuntó el Telescopio Espacial Hubble hacia Júpiter. Y las imágenes dejaron a todos boquiabiertos: la mancha tenía una estructura compleja, y aparecía más grande que al comienzo.

Evidentemente, los poderosos vientos de Júpiter estaban desparramando esa nube de polvo y escombros, los restos del misterioso objeto suicida. "La imagen del Hubble nos muestra que la pluma de restos del impacto tomó un aspecto grumoso, a causa de la turbulenta atmósfera del planeta", dice la doctora Amy Simon-Miller, una astrónoma del Goddard Space Flight Center de la NASA (www.gsfc.nasa.gov).

¿QUE PASO?

A dos semanas del impacto, la mancha sigue estando en Júpiter. Ha crecido, se ha estirado, y es un blanco bastante fácil para los telescopios de aficionados. Ese es el efecto del impacto. ¿Y la causa? "Es muy probable que haya sido un pequeño cometa, pero aún no estamos seguros", dice Glenn Orton, del Jet Propulsion Laboratory (www.jpl.nasa.gov) de la NASA, uno de los científicos que observaron el cataclismo con el ITF.

¿Pero qué significa "pequeño"? Según la doctora Simon-Miller, tomando en cuenta el aspecto inicial de la mancha negra, "el objeto, sea asteroide o cometa, debió medir unos cientos de metros". Puede parecer poco para dejar semejante herida en Júpiter, pero aquí hay que tener en cuenta la tremenda velocidad del choque, y el medio donde se produjo: una atmósfera, no una superficie sólida.

AYER Y HOY

Presenciar un impacto planetario no es algo de todos los días. Sin embargo, hay un antecedente, inolvidable, mucho más espectacular, y no tan lejano en el tiempo. Y también protagonizado por Júpiter: en julio de 1994, los 21 fragmentos del despedazado cometa Shoemaker-Levy 9 (SL9) se estrellaron uno a uno contra la atmósfera joviana, dejando una hilera de manchas oscuras, algunas de 10 a 20 mil kilómetros de diámetro.

Fue un episodio que muchos definieron como el "evento astronómico del milenio". Ahora, el coloso Júpiter ha sido golpeado "una vez más". Y es una excelente oportunidad para estudiar de primera mano las características y la evolución de estos dramas planetarios.

En el transcurso de los próximos días, el análisis espectral de la zona de impacto podría revelarnos la naturaleza del objeto suicida. Habrá que esperar. Y la mancha sigue allí, como fatal recuerdo del día en que un misterioso y pequeño objeto se animó a golpear al gigante del Sistema Solar.

ANTHONY WESLEY, EL DESCUBRIDOR

El impacto fue en Júpiter, pero la novedad nos llegó desde un "observatorio casero" en Murrumbateman, un pueblo rural al norte de Canberra, Australia. Es allí donde Anthony Wesley, astrónomo amateur de raza, se pasa las noches escudriñando el universo con su pesado y potente telescopio. Y fue en la noche del 19 al 20 de julio que, sin haberlo imaginado jamás, hizo un descubrimiento que le daría fama mundial. De eso, y algunos otros detalles, hablamos con Wesley en esta breve entrevista:

–Antes que nada, lo felicito. Hábleme de la noche del 19 de julio.

–Hacía muchísimo frío. Aquí en Australia también estamos en pleno invierno, como ustedes, así que antes de empezar, me abrigué con varias capas de ropa. Las primeras imágenes de Júpiter las tomé a las 22.30 (hora local), y seguí hasta la medianoche. Luego, me tomé un descanso y a eso de la 0.30 volví al telescopio.

–¿Y entonces?

–Y entonces, exactamente a la 0.40, ya en la madrugada del lunes, noté por primera vez algo raro en el limbo Sur del planeta: una manchita negra. Pero no fue hasta media hora más tarde que me di cuenta de que no se trataba de una tormenta, o una mancha atmosférica de Júpiter. Debía ser otra cosa.

–¿Pálpito o certeza?

–Creo que fueron las dos cosas. Yo venía observando a Júpiter desde hacía tiempo, y tenía imágenes de esa zona del planeta de las dos noches anteriores. Y la marca negra no estaba.

–¿Y qué fue lo primero que se le vino a la cabeza en ese momento? ¿Pensó que tenía algo grande en el ocular de su telescopio?

–Estaba tremendamente excitado, pero al mismo tiempo temía que finalmente resultara ser algo nada especial.

–Pero resultó ser muy especial, y seguramente cambió su vida...

–Sí, desde aquel día recibí mucha atención de los medios de comunicación. Fue muy lindo ver la enorme repercusión que tuvo el fenómeno en todas partes del mundo.

–Tal cual. Fíjese que esto se está publicando en un suplemento de ciencia de un diario de Argentina: ¡estamos hablado de su descubrimiento del otro lado del planeta!

–Sí, y espero que a largo plazo esto sirva para aumentar el interés por estos temas. Pero también, para fortalecer la cooperación entre los astrónomos profesionales y los amateurs.

–Bueno, precisamente de eso se trata. La astronomía bien entendida debe marchar en esa dirección, ¿no?

–Por supuesto, y espero que esto sirva para demostrar, una vez más, que nosotros, los amateurs, podemos hacer cosas muy serias.

–No tengo la más mínima duda de eso. Por eso quiero felicitarlo nuevamente, Anthony. Y como se suele decir, "buenos cielos".

–Gracias, y hasta siempre. Buenos cielos para usted también.